

construcción modesta, sólo de piso bajo, de aspecto frío por la falta de toda ornamentación, situada en el extremo oriental de la *Cité*, detrás de Nuestra Señora de París, en el ángulo mismo de la división del Sena que forma la *Cité*, el cual río lame sus cimientos y la obsequia sin descanso con el monótono zumbido de su corriente. Forma su planta una especie de triángulo, cuya base corresponde á la fachada principal sobre el *muelle del Arzobispo*, donde presenta un cuerpo central y dos menores á sus costados; el primero tiene tres puertas de medio punto, espaciosa entrada por la cual se penetra en seguida á una sala de exhibición, parte característica del edificio, que está subdividida por grandes vidrieras en dos mitades: una que corresponde al público, y otra destinada á las exposiciones, profusamente iluminada por luz zenital; en ésta se colocan, á la izquierda, y sobre carretones apropiados, los cadáveres que se someten al reconocimiento del público, y á la derecha sus vestidos. Un termómetro de alcohol, puesto en el centro de este departamento, revela que se mantiene su temperatura á 0° por medios

frigoríficos apropiados para que la descomposición se retarde lo más posible.

A derecha é izquierda de la sala destinada al público se observan puertas que dan paso á otras dependencias: la primera, á las salas de servicio de los mozos, sala de autopsias, etcétera; y la segunda, á la Escribanía, en donde existe un inteligente empleado encargado de recoger los datos que, acerca de los cadáveres expuestos, suministre el público, cuyas declaraciones se solicitan con el siguiente letrado, el cual, escrito dos veces en la pared con caracteres bien claros, atrae en seguida la vista:

PREFECTURA DE POLICÍA

AVISO AL PÚBLICO

Se invita al público á depositar en las oficinas de La Morgue la declaración del nombre de los individuos que pueda reconocer. Esta declaración no ocasiona gasto alguno á las personas extrañas, amigos, ó á la familia misma del difunto. Es completamente gratuita.

Algunos recuerdos accesorios hay fijados en los muros, para que sirvan de excitantes á la curiosidad y á las declaraciones del público, cuando los cadáveres han sido retirados

por exigirlo así su descomposición ú otras conveniencias; esos accesorios son tarjetones que contienen la fecha del encuentro del cadáver, su sexo, edad probable, ropas que llevaba, lugar del hallazgo, número de orden, y además unos cuadros con fotografías de los bustos cadávericos.

Había cinco cuadros, y en verdad que sólo la costumbre de semejantes contemplaciones, ó gran dureza de sentimientos, pueden impedir que el espíritu se sienta ante ellos profunda y desagradablemente conmovido; porque después de haber curioseado, en los centenares de lujosísimos y holgados escaparates que aquí saltan por doquiera á la vista, las sensuales bellezas del ejército de actrices parisien·ses, retratadas en artísticas y esculturales posturas; las mil celebridades literarias, militares y científicas, y por consiguiente, la reproducción interesantísima de lo más hermoso, de lo que tiene más renombre, y es más envidiable y admirado de la Humanidad, era transición propia tan sólo para entusiastas alumnos de Medicina, entregarse al examen de aquella nube de cabezas desgraciadas, de facciones descompuestas por ostensible po-

dredumbre, donde los rasgos fisonómicos aparecen contraídos, nerviosos y epileptiformes, los ojos vidriosos, las naturales oquedades nauseabundas, las bocas abiertas con el bostezo de la muerte, caras todas, en fin, que expresan todavía el sentimiento del dolor, el espanto, la desesperación ó la cólera que precedió á su trágico final y que, en siniestro concurso, exhiben la fealdad incomparable de la muerte.

La utilidad de esta exposición resalta á la vista con sólo decir que de 2.576 cadáveres desconocidos expuestos al público en seis años, sólo una cuarta parte, 664, quedaron sin identificar; resultado verdaderamente asombroso, que se comprende viendo el aspecto que ofrece La Morgue cuando existe alguna de esas importantes exposiciones que despiertan la atención ó la curiosidad del pueblo de París; entonces aquella sala parece una iglesia en días de Jueves Santo: por un lado entra espesa oleada de curiosos, recorre las mesas con ojos ávidos y sale por otro lado, empujada, más que por su voluntad, por la fuerza de la que sigue impaciente.

Cuando por alguna rara casualidad no hay

exhibición, el edificio sigue abierto, y toda persona que por allí pasa — y el paraje no es de los menos transitados de París — entra por una puerta, dirige una mirada investigadora y sale por la otra sin dolerse de su engaño y molestia, y como quien ha cumplido una obligación.

El pueblo bajo de París, ese pueblo amasijo de honrados obreros y de procaz granjería, de gente desalmada y de sentimientos gastados, masa desgraciada que, en fuerza de vegetar entre la miseria y el crimen, ha llegado á identificarse con él, y lleva con frecuencia su irónico sarcasmo, su sátira cínica y sangrienta á todo lo más trágico y conmovedor, ha hecho de La Morgue una especie de teatro, en donde cuotidianamente acude á recoger fugaces impresiones y á distraerse, ni más ni menos que las personas de posición acuden todas las noches al coliseo; por eso, cuando las mesas aquéllas no ofrecen alguna víctima á su contemplación, los abonados á turno diario exclaman, algún tanto contrariados, como la alta *cocotte* á quien le falta inoportunamente la función de ópera: «*Elle est relâche!*», la conocida frase que,

impresa en una tablilla, aparece en el despacho de billetes de los teatros y demás espectáculos, cuando no hay función.

Los que han tenido ocasión de asistir con frecuencia á estas exhibiciones, refieren de talles fenomenalmente curiosos y emociones indescriptibles. El reconocimiento de los cuerpos expuestos da origen á ellos; ya es una madre que reconoce á su hijo, ya un amante á su amada, ya un ciudadano al amigo querido... A veces, un criminal que ha ido á contemplar á su víctima se ha delatado á los ojos de algún policía que hay siempre atento y confundido entre el público, cuando el caso lo requiere; otras veces, son familias que llegan de provincias preguntando por un sér querido, cuya existencia ha tiempo desconocen...

El día en que visité La Morgue había dos cuerpos: uno, corrompido, estaba cubierto; el otro, un hombre adulto, en exhibición.

Tres días después volví á visitarla, acompañado de mi querido amigo el Dr. Bouland, de París; pero mi inspección fué ya de su interior.

Debo el haber podido hacer este examen á

satisfacción completa á este mi bueno y servicial amigo, quien me acompaña en la mayoría de mis visitas, me facilita el vencer algunas resistencias y me proporciona muchos datos. Gracias á su ayuda di algún interés á mi obra sobre París.

Las dependencias de La Morgue son muchas é interesantes; después de una sala de declaraciones, donde hay oficinistas rodeados de libros y estados, pasamos á la sala de comprobaciones, en una de cuyas paredes atraen la atención dos trazados gráficos, destinados á representar, con el laconismo y la elocuencia de las curvas propias de este método, la estadística, por quinquenios, de los cuerpos recibidos en La Morgue desde el año 1806 hasta el día.

Apuntaré algunas cifras que tomé al vuelo, para que se aprecie el desarrollo que han tenido en París las muertes por accidentes.

Desde 1806 hasta 1810 hubo 250.

En proporción, regularmente creciente, va elevándose la línea, hasta que llega á su máximo en el período de 1866 á 1870, cuando se elevó á cerca de 800 por los sucesos de la *Commune*.

Desde 1876 á 1880 la cifra baja á 700.

Hay otro trazado destinado á expresar las proporciones por sexo ; como era de esperar, hay un aumento considerable en el sexo masculino.

Después pasamos á un laboratorio destinado á practicar las autopsias, donde se conservan muchas de las llamadas piezas de convicción; he podido observar algunas pertenecientes á crímenes que han preocupado últimamente la curiosidad y el interés del público europeo.

Sigue la cátedra donde el profesor Brouardel, catedrático de Medicina legal de la Facultad, explica lecciones prácticas sobre esta rama de los conocimientos médicos, tan interesante á la Administración de Justicia.

Después pasamos á la retro-sala de las exhibiciones públicas; allí había varios cadáveres, entre ellos el de un banquero que se fugó con un capital respetable, y después de gastárselo, volvió á París para suicidarse; el de un obrero que se había suicidado también, y el de dos ó tres ahogados en el Sena. Empotrados en la pared, á modo de nichos, hay unos cajones donde se conservan al frío otros

cadáveres: los tubos del aparato de refrigeración que guarnecen las paredes de estos nichos mantienen, según es mayor ó menor su abundancia, temperaturas desde 0° hasta 15° bajo cero. Es curioso ver en pleno estío sus paredes tapizadas de una espesa capa de cristales de hielo, y observar los cuerpos allí depositados reducidos á un verdadero témpano, á un estado marmóreo tal, que aun las partes más putrefactas y pultáceas toman la consistencia de una piedra y se conservan así cuanto tiempo se quiere.

Son incalculables las ventajas que tiene este procedimiento de conservación sobre todos los conocidos; hay verdadera petrificación del cuerpo, sin que aparezca siquiera la más pequeña alteración de su color.

La galería de cadáveres que aquí se exhibe es por demás repugnante. París arroja todos los días crímenes, y arroja especialmente suicidas del Sena.

La cámara fotográfica, donde inmediatamente que se recibe un cadáver se le fotografía; el almacén de las ropas, que luego se venden al final de cada año cuando la familia no las reclama, y principalmente la sala de la

maquinaria de refrigeración, movida á vapor, fueron objeto sucesivo de nuestro minucioso examen.

En fin, La Morgue es la expresión de un grandísimo adelanto en un linaje de servicios médicos consagrados á la más acertada y recta administración de justicia. ¿Quién es capaz de calcular la mucha claridad que arroja sobre crímenes misteriosos? Pensar que, aun siendo aquéllos tan notorios, ni siquiera se ha planteado todavía en España, es lo mismo que advertir el atraso relativo en que permanecen nuestros recursos judiciales.

*
* * *

Después de este sombrío estudio deseaba alegrar mis ojos y mi espíritu con hermosos escenarios, y para ello se me ocurrió dar un paseo alrededor de la capital en el tren de circunvalación ó de *ceinture*.

Este pequeño viaje, que se hace en dos horas y minutos, cuesta muy poco: no recuerdo cuántos céntimos.

El punto de partida y de llegada es la estación del Oeste ó de San Lázaro; á la una

y media partía un tren, y dos minutos antes tomaba yo asiento en la imperial, desde donde pudiera ver á satisfacción.

La estación de San Lázaro es inmensa: no pude contar las naves de su andén porque las perdía de vista; más difícil me hubiera sido todavía contar las líneas, porque eran innumerables; ni siquiera logré contar los trenes que en línea paralela estaban dispuestos para la partida; me pareció que eran lo menos doce. Lo que sí advertí bien es que al mismo tiempo de arrancar el tren que me conducía arrancaron otros dos.

Los tres, después de salvar la estación, se metieron en túneles distintos; de ellos salieron también al mismo tiempo, y momentos después se perdían de vista los otros dos, porque nosotros nos habíamos detenido en Batignolles.

Pesádo para todos, para el lector y para mí, sería ir siguiendo aquí, como lo hacía con notas en mi cartera, paso á paso, la marcha del tren y su parada en las estaciones, que suman treinta en la línea de circunvalación, una próximamente por cada uno ó dos kilómetros.



Primero fuimos atravesando calles y boulevares, salvando una vía costeadada por dos grandes malecones, de uno á otro de los cuales se tienden, por cima, viaductos, puentes que corresponden al cruce de calles, hasta que nos aproximamos á la verdadera línea de *ceinture*, en donde el horizonte se ensancha, porque el terreno desciende y el observador va ya recreándose en la contemplación de los desahogados paseos, elegantes jardines y hoteles de Passy.

En seguida vemos el bosque de Boulogne; hace rato que el horizonte ha venido desarrollándose, y el panorama, ganando poco á poco en belleza, llega hasta ser espléndido, opulentísimo, rico de ambiente y de motivos mil de encanto cuando se atraviesa el Sena poco después de Auteuil...; á la derecha, una decoración de pueblos, bosques, jardines que se pierden á lo lejos en las suavísimas colinas del horizonte: Saint-Cloud, Sèvres, Chaville, Ville d'Avray, Meudon, caseríos y quintas de alegrísimo aspecto, blancas sus paredes como el plumaje del cisne, rojos sus tejados como la oriflama de San Dionisio, un sembrado copiosísimo de viviendas que parecen

flotar en un mar verde formado por las apretadas arboledas...; á la izquierda, la ciudad infinita, grande, inmensa, atronadora, hirviente, una magnífica y brillante decoración de París, donde se alzan dominantes las torres del Trocadero, la gran masa cuadrada del Arco de la Estrella, todo un bosque de chimeneas, cúpulas y terrazas... El tren sigue rápido y á seguida para en Vaugirard, donde descansa breves momentos.

Otra vez en marcha, y después de Montrouge un túnel muy largo; luego otro panorama dilatado que causa gozo...; nuevo callejón de arboledas y malecones aparece más tarde hasta *Orléans ceinture*, estación que pasan los españoles, cuando por primera vez llegan á París por la línea del Mediodía, con el ahogo de la emoción en la garganta y la inquietud de un impaciente deseo en el espíritu... Vuelve á deprimirse el terreno inmediato, y la vista domina otra vez la ciudad de París por el lado opuesto al de Passy; desde aquí se destacan el Panteón y Nuestra Señora, y se atraviesa de nuevo el Sena. Después de Rappel-Bercy, el horizonte se dilata, pero sin ofrecer bellezas; del lado de la población

cierran la vista las primeras filas de casas, y exteriormente se goza el panorama del bosque de Vincennes...; grupos de casas y arboledas...; después jardines y hoteles modestos á los costados...; la hermosa avenida de Vincennes con su mercado...; las clásicas columnas dóricas de la Plaza de la Nación, emplazadas en los límites de la antigua barrera...; á la izquierda, una fábrica de gas con tres grandes calderas...; después barriadas de la clase pobre; sigue un túnel de considerable longitud que pasa bajo el cementerio del Père Lachaise y sus inmediaciones.

Vemos, á derecha é izquierda, barriadas pobres..., un puente sobre el canal de l'Ourcq...; más tarde, á la derecha, se destacan los mataderos..., luego manufacturas, depósitos gigantescos, más fábricas de gas, montañas elevadas de cok...; el tren camina veloz por entre estas comarcas, asiento de gente pobre y de centros industriales, atraviesa la avenida Saint-Ouen, contigua al cementerio Montmartre, y termina su vuelta próximo al boulevard Berthier, desde donde gana nuevamente el interior de la ciudad buscando la estación de Saint-Lazare.

¡Ah! ¡La observación es completa! París aristocrático, París recreativo, París industrial, París proletario..., todo aparece en breve tiempo y de una manera sucesiva ante la vista del observador; hemos andado 37 kilómetros y hemos podido apreciar la circulación inmensa á través de estas líneas por el cruce frecuentísimo de trenes; un dato bastará para juzgarla: entre Auteuil y San Lázaro circulan al año ¡más de cuatro millones de pasajeros!

Sólo por esto se concibe que cuando nos apeábamos se apearan de otros trenes muchos viajeros, y que las numerosas puertas de la estación de San Lázaro vengan á ser como los orificios de unas bombas en función continua, que durante todo el día no cesan de engullir y vomitar miríadas de personas.

V

PRENSA PERIÓDICA

París, 21 de Julio.

Los kioskos de periódicos, profusamente desperdigados por los boulevares, nos estimulan el deseo de los que sufrimos y gozamos la pasión de la lectura, exhibiendo sus bien dispuestas filas de numerosas publicaciones; y nos compelen á llenar los bolsillos con los diarios y revistas de todas procedencias.

La Prensa periódica es, sin duda, la manifestación más expresiva y lacónica del espíritu de un pueblo, la que mejor gradúa su nivel intelectual, sus aptitudes políticas, sus sentimientos religiosos, sus progresos industriales, sus creaciones científicas..., y por esta razón nada encuentro más racional como el que, parado cualquier curioso extranjero ante uno de estos depósitos de venta, coja impresos de todas partes y examine con ver-

dadero deleite lo que cada uno encierra. Decididamente, el examen crítico de un solo número de los diarios políticos todos, que serán unos setenta, y de las restantes publicaciones periódicas, cuotidianas y semanales, de París, que se aproximan á mil trescientas, permitiría formar juicios más curiosos y más razonados sobre la ilustración, el carácter y las costumbres de este pueblo, que lo permitiría un examen crítico de todo el resto de París viviente.

Por de contado que no seré yo quien á tanto se atreva; y si he apuntado tal idea ha sido porque, recorriendo la sección de anuncios de uno de los diarios parisienses de más circulación y prestigio, me he fijado en los de una serie de agencias de matrimonio y proposiciones individuales, que, tras de la gracia consiguiente que de primera impresión me han hecho, al punto me han obligado á pensar un poco y á decir que anuncios semejantes quizá entrañan algún problema digno de la preocupación de esa serie de moralistas y filósofos antropólogos de tan diferentes tintas y matices como gastamos en los tiempos modernos, desde los sensuales y natura-

listas Zolas, hasta los más etéreos discípulos del soñador Kardec.

Dice así uno de los varios anuncios aludidos:

«Un hombre joven, de familia distinguida, de educación elevada y grande instrucción, que posee 100.000 francos, se casaría con una joven que dispusiera de 200.000 á 300.000 para reponer una casa de comercio que produciría de 50.000 á 60.000 francos limpios por año. Nada de agencias. Dirección.—Escribir P. M. A., al periódico.»

He aquí un negocio presentado con franqueza, y un fundamento de matrimonio que aporta algo definido y tangible..., porque supongo que el ofrecimiento estará sometido á garantías. Dos consocios de sexo distinto que se juntan maritalmente para sostener una renta de cincuenta á sesenta mil francos, pueden tolerarse, y hasta quererse si el negocio va bien. El capital ó capitales que ordinariamente juntan dos novios, ¿son acaso siempre de linaje más firme y superior? ¿El amor? Es un capital de sentimientos que provoca con lamentable frecuencia graves ruinas al poco tiempo de gastarlo con el matrimo-

nio, por lo difícilísimo que es manejarlo bien. ¿Lo es el conocimiento de las mutuas condiciones de carácter? Todos los que se casan creen conocerse bien antes, y sin embargo, después son muy pocos los esposos que en breve no se llaman á engaño. ¿El interés? Pues plantéese con franqueza el problema y formemos estadísticas á ver si estos contratos de nuevo cuño dan resultado más felices que los anteriores, de los cuales se ha dicho que en Londres sólo hay una docena felices.

Verdad es que de este modo tendríamos un santo Sacramento reducido con toda desnudez al burdo papel de una escritura de contrato; pero ¿acaso no viene sucediendo eso desde hace mucho tiempo? Estudien el asunto los que andan á caza de negocios y de empresas, y vean si pueden establecer por ahí alguna agencia con el bendito fin de colocar á célibes testarudos de nuestra Corte. De mi sólo me atrevo á decir que no me propaso á reirme ya de los anuncios, aun de los que parecen más absurdos, porque voy viendo que con los grande ejes psicológicos ó morales de la sociedad sucede lo que con el cuerpo de ese protoplasmático sér que

llaman los naturalistas amiba, y es que cambiando de forma y dirección se disloca y anda.

*
* * *

Cerraré esta carta registrando una impresión sentida.

Esta mañana pude contemplar en el hospital de la *Charité* el cadáver de un pobre y viejo soldado, cuya muerte hace recordar el drama, tan justamente aplaudido, de Leopoldo Cano, titulado *La Mariposa*.

Retirado del servicio militar en 1864, después de numerosas campañas en Italia y Crimea, fué expulsado de Estrasburgo, su patria, cuando se verificó la anexión alemana. Solicitó su ingreso en Inválidos, y no teniendo respuesta á sus solicitudes, se presentó en París vendiendo para ello cuanto tenía; ya aquí, interesó en su asunto á varias personas, en términos de que logró se le concediera el ingreso. Obtúvole al fin, y cuando el infeliz veterano oyó la fausta nueva, fué tal la impresión que le produjo, que cayó al suelo con una apoplejía y murió en seguida.

¡Pobre viejo! Vivir algunos años soñando una dicha, conquistarla con trabajo y paciencia, y euando llega el momento de empezar á disfrutarla, morir: ¡puede darse nada más aciago, ni que mejor retrate el amargo destino de la criatura humana!

VI

EL CEMENTERIO DEL PÈRE LACHAISE

París, 22 de Julio.

Esta ciudad de París, de quien cabe decir que para todo es opulenta y hasta monstruosa; que siente la noble vanidad de su patriotismo con la vehemencia y altivez de los ciudadanos de la Roma augusta, y levanta arcos tan monumentales como el de la Estrella para esculpir en sus sillares, con letras de oro, los nombres de sus héroes; esta ciudad, que conserva y disfruta como ninguna otra la vida de sus recuerdos, no podía menos de haber creado un lugar que fuera, por